

EN FRANCIA.

Solemne fué para nuestros antepasados la hora en que el pobre estudiante del colegio de Saint-Barbe trepaba antes que naciese el sol, por la pendiente de Montmartre. Francia, bautizada con Clodoveo, glorificada por Cárlo-Magno, floreciente bajo el cetro de San Luis, era sinceramente cristiana; pero resentíase profundamente del golpe de la revolución religiosa y política que trastornaba á Inglaterra, Suiza y Alemania. Al otro lado de nuestras fronteras, la desolacion habia llegado á su colmo; entre nosotros Calvino afilaba su puñal. En el tiempo que medió entre el voto de Montmartre y la Bula de Paulo III, publicó Calvino sus *Instituciones Cristianas*, fundando así la secta de donde debian salir los hugonotes (1); es decir, la guerra civil y lo

(1) 1536.

que es peor, la guerra religiosa, *plus quam civilia bella*. El fuego, todavía oculto, dejaba ya escapar la amenaza de sus chispas á través de la humareda. Algunos años nada más, y la conjuración de Amboise (1), haria traicion á las fanáticas aspiraciones de los sedicentes «Reformados.»

En tan azarosas circunstancias, no podia ser dudoso el papel de la naciente Compañía; iba justamente á cumplir el deber que le habia señalado su fundador; así peleó por la causa católica, que era á la sazón la causa nacional. Cediendo á las instancias del Cardenal de Lorena y de otros muchos sábios y virtuosos Prelados, concedió Enrique II en 1550 permiso para establecer en sus dominios la Compañía de Jesús. Pero temerosos por extremo los enemigos francos ó encubiertos de la fé católica, de aquellos reciénvenidos, ponian en juego todas sus fuerzas y todos los medios para impedir su establecimiento en Francia. De tal manera se las arreglaron los hugonotes y los políticos, que el Parlamento, el cual nunca habia de desmentir sus preven-

(1) 1560.

ciones rencorosas nacidas al propio tiempo que la Orden, no quiso registrar el decreto del rey. Dos años despues un nuevo edicto ordenó á los magistrados examinarlo, dando lugar á nuevos actos de resistencia favorecidos por la muerte del monarca. Francisco II reitera por tres veces la misma órden (1). Carlos IX vuelve á la carga sin mejor resultado (2); tanto se hallaba inficionada la alta magistratura por un espíritu de rebelion y repugnancia hácia todo lo que se ostentaba francamente católico.

Por último, el 15 de Setiembre de 1561, el Coloquio de Poissy, á donde el Parlamento buscando otro subterfugio habia remitido el asunto, admitió solemnemente los Jesuitas en Francia con algunas cláusulas restrictivas suprimidas más adelante por Carlos IX en 1565 y por Enrique III en 1580.

Muy luego hiciéronse ellos acreedores á esta confianza por su celo en predicar y defender la verdadera fé. Como preludio de los innumerables triunfos que la Orden iba á alcanzar con la enseñanza, Maldonado veia re-

(1) 1536.

(2) 1560.

unirse al rededor de su cátedra del Colegio de Clermont en París un brillante auditorio compuesto de Prelados, señores y sábios; los colegios del instituto, apenas abiertos, llenábanse de alumnos, y los mismos protestantes, al decir de Ranke, traian sus hijos de los colegios más apartados para encomendarlos á los Jesuitas. Por aquel tiempo, Edmundo Auger predicaba contra los calvinistas del Mediodía. Prisionero en Valence del baron de Adrets, desde lo alto del patíbulo *predica*, y su elocuencia es tan grande, que conmovidos los verdugos, le perdonan la vida. Una vez libre, corre á Lyon, donde se ceba la peste que hace morir en poco tiempo á sesenta mil personas; allí prodiga sus cuidados á los moribundos y á los pobres, les infunde aliento y salva á la ciudad, que toda entera le sigue á los piés de María.

En todo Lyon no hubiera encontrado Calvino aquel dia un solo partidario.

A tanto celo y tantos sacrificios los herejes no tenian otra cosa que oponer más que la violencia y la calumnia, pero ayudábales la Universidad de París alarmada por una competencia que juzgaba temible. El antagonismo na-

cia. La Universidad quiso cerrar á la Compañía de Jesús el camino de la enseñanza, como siglos atrás lo habia hecho con esas magnificas Órdenes religiosas que han valido á la Iglesia y á la ciencia los Santo Tomás, los Alberto Magno y los Duns Scoto. Menester era que estuviese muy perdida la causa de la Universidad, y que la lucha fuese insostenible para que enterado el Parlamento del asunto, se creyera en la obligacion á pesar de sus prevenciones, de sentenciar por dos veces en favor de los Jesuitas. Y así lo hizo.

Los mismos Boullay y Crevier, historiadores de la Universidad, aseguran que la enseñanza adolecia entonces de una superficialidad censurable. Los estudios se hallaban abandonados casi por completo, y lo que todavia era más horrible, la disolucion de costumbres entre la juventud escolar no tenia semejante más que en lo desvergonzado de sus ideas y en la impiedad de sus doctrinas.

Los colegios de Jesuitas abiertos gratuitamente á todos, restablecieron con el gusto de las letras el celo por la fé y por las prácticas cristianas, pudiendo aplicarse á todos aquellos maestros lo que decia Voltaire del Padre Po-

rée: que tuvieron el mérito de hacer amar á sus discípulos las letras y la virtud.

Pero estalló la Liga. Ese gran movimiento legitimo en sí mismo, pues que tenia por objeto defender la Religion de la casi totalidad de los franceses contra algunos facciosos, trajo consigo desventuras y males sin cuento. Con la historia en la mano puéde-se citar la conducta de la Compañía de Jesús en aquel delicado trance como un modelo de prudencia.

Sus individuos admitian como bueno en derecho el principio de la Liga, que no era sino la resistencia del Catolicismo nacional contra la invasion protestante, pero se esforzaban al propio tiempo por calmar la eferescencia de las pasiones y compensar los intereses. Lejos de mezclarse en las luchas de los partidos políticos, se ocuparon desde el principio hasta el fin en ser los apóstoles y los mediadores de la paz. En provincias su accion fué de escasa importancia, pues en las cincuenta grandes ciudades adheridas á la Liga no habia una sola casa de Jesuitas. Mas en París uno de ellos, el Padre Pigenat, jugó modestamente un gran papel de heróica abnegacion sin que ni siquiera le alentase la esperanza

del éxito. Sus esfuerzos, como no podía menos de suceder, perdiéronse en el estruendo de la tormenta, y el furor de los Dieziseis, que se habia encargado de contener hasta donde fuera posible, tomó á pesar suyo proporciones deplorables que más de una vez moderó, sin embargo, á riesgo de su libertad y áun de su vida: otros miembros de la Compañía, aceptando una mision más útil, encargáronse de entablar negociaciones con el Soberano Pontífice.

En lo más ardoroso de la efervescencia que reinaba en París, algunos predicadores, movidos por su celo, empezaron á apartarse de la reserva que les imponia el espíritu de su instituto; pero no tardaron en ser amonestados por las enérgicas medidas del general Claudio Aquaviva. «Decid al rey, escribia al Provincial de Francia, cuán terminantemente nos prohiben las Constituciones, entrometernos en negocios temporales.»

Mas todavia al mismo Sixto V, muy apasionado en favor de la Liga, osó hacerle algunas observaciones á propósito de la neutralidad necesaria de la Orden.

Entretanto la conversion de Enrique IV al

Catolicismo quitaba su razon de ser á la Liga. Interrogado Belarmino, que á la sazón se encontraba en París, sobre la legitimidad de una próxima rendicion de la capital al rey, respondió (contra el parecer de la Universidad) *que era licito deponer las armas, y que debía cesar una lucha ya sin objeto.* Al propio tiempo los Jesuitas trabajaban sin descanso en Roma por la reconciliacion con la Iglesia del rey de Francia. Cosa singular, los negociadores más activos y decididos, eran un italiano, el Padre Possevino, un español, el Cardenal Toledo, y dos franceses desterrados injustamente por el Parlamento, los Padres Commolet y Guéret.

El Bearnés no se mostró ingrato. «Primo mio, escribia Enrique IV al Cardenal Toledo, sé muy bien que despues de Dios y nuestro Santo Padre, debo á la rectitud de vuestra conciencia la absolucion, (esto es, que la excomunion se le levantara) que Su Santidad se ha dignado otorgarme.»

Esta conducta moderada de los Jesuitas, unida á su celo por la integridad de la fé, no fué poderosa á desarmar el ódio que los perseguia. Se habia esperado mejor de ellos, y

unánimemente se les declararon contrarios el Parlamento y la Universidad.

Muy luego la confianza con que les honraba la Santa Sede, el Episcopado y el pueblo católico, el aprecio que les mostraba Enrique IV, todo se juntó para exasperar la envidia en sus numerosos enemigos. Los mismos fanáticos que pusieron el puñal en manos de Poltrot, el matador del duque de Guisa, y de Clemente, el asesino de Enrique III, imaginaron enredar á los Jesuitas en el castigo de Chastel.

Juan Chastel habia asistido diez años á las aulas de la Universidad; aún estudiaba derecho con Marcellius en el momento que atentó contra la vida de Enrique IV. Pero..... *en otro tiempo* frecuentó durante algunos meses el colegio de Clermonten concepto de alumno externo, (detalle insignificante que sirvió de punto de partida para comenzar el proceso.) ¿Pero y despues? ¡Ah! El Parlamento inquiere. Sin duda que hubiera deseado otra cosa por pequeña que fuese. Mas como nada encontró y como no era muy exigente, contentóse con lo que habia. «Los *hugonotes* y los *libertinos*, escribe el historiador Dupléix, exe-

craron mil veces y maldijeron é imprecaron á los Jesuitas; pero la violencia de la tortura no arrancó al asesino ni una prueba ni una presuncion.» L' Etoile, adversario de los Jesuitas, Sully lo mismo, de Thou otro tanto, Mathieu, Cayet, las Memorias de la Liga, y todos los cronistas, confiesan unánimes que «Chastel libró de toda responsabilidad á los Jesuitas sosteniendo hasta el último momento que se sospechaba injustamente de ellos.»

No importa. ¡Habia asistido algunos meses como externo! En esos meses los Jesuitas habian podido enseñar á Chastel, además del arte de asesinar, el arte de callarse. Por otra parte, ¿á qué tantas pruebas? «Si no eres tú, será tu hermano.» *Era necesario que los Jesuitas apareciesen culpables*, y que el Parlamento de París se deshonrase por la vez primera creando un precedente á la gran iniquidad del siglo XVIII.

Contra todos los indicios y contra toda justicia, condenó el Parlamento. Ese cuerpo, frecuentemente tan digno del respeto de la historia, esclavo esta vez de ciega pasion, no supo detenerse ante el más odioso de todos los atropellos: un *asesinato jurídico*.

Un anciano inofensivo, que acaso nunca habría visto á Chastel, el Padre Guignard, vivía retirado en el fondo de la biblioteca de su colegio. Pues fué preso, condenado y desterrado á la plaza de la Greve, culpable dice L'Etoile, del solo crimen «*de haber llegado á mala hora.*» En efecto, ¿por qué ese juicio sumario y esa tan cruel sentencia? «Porque, responde el canciller de Francia Hurault de Chiverny en sus Memorias de Estado, los enemigos de los Jesuitas hallaron, ó quizá supusieron en la habitación de Guignard, ciertos escritos de carácter privado, contra el difunto rey Enrique III.» Y «los jueces que le condenaron, añade L'Etoile, eran en su mayor parte de aquellos que habían asistido al juicio en que se dictó un decreto contra el difunto rey, el año 1589, (esto es, cinco años antes) lo cual es bastante extraño.»

Cierto, extraño y hasta imposible si no se tratara de condenar á un Jesuita. Hemos preferido en las citas á los escritores y cronistas adversarios de la Compañía, y se comprende. No hay un hombre honrado que haya dejado pasar sin maldecirlo este acto de repugnante iniquidad, pero sobre todo, donde es verdade-

ramente curioso estudiar semejantes hechos, es en las obras del liberalismo moderno. A la vista tengo una obra del género llamado popular y que goza de envidiable autoridad en ciertos círculos: la *Historia de Paris* del célebre Dulaure, y enmudezco bajo el peso de una verdadera admiración. No se trata de un malvado, es un buen hombre; hubiera querido mejor que no se ahorcase al Padre Guignard, y sobre todo que no quemaran su cuerpo para aventar las cenizas; esto le parece excesivo; así, pues, lamentase un poco de esas pobres cenizas, insultando por supuesto al hombre por costumbre y censurando con dulzura al Parlamento.

¡Pero detesta á los Jesuitas tan cordialmente! ¡y con tanta sinceridad! Al ver la sarta de inocentes calumnias que arroja contra los Jesuitas, á propósito de este infame asesinato de uno de ellos, parece adivinarse que el motivo principal de su aversión al Parlamento, no es otro sino el disgusto de ver tantos Jesuitas como quedaban con vida.

El párrafo del decreto que condenó á todos los Jesuitas por corruptores de la juventud y perturbadores del reposo público, etc., á salir de

París dentro de tres días, arráncale estrepitosas muéstras de alegría, y consagra no sé cuántas páginas en 8.º mayor á hacer la descripción de la grotesca columna, «monumento elevado á la vergüenza de los Jesuitas,» y que más bien hubiera perpetuado la ignominia del Parlamento, si Enrique IV, por caridad para con sus amigos los presidentes y consejeros, no la hubiera mandado demoler. Poniéndose un poco serio con los asesinos jurídicos del Padre Guignard que no serámás que *un* Jesuita, el excelente Dulaure aplaude el destierro de quinientos Jesuitas que si aún no habian asesinado á Enrique IV, ¡lo asesinarían como asesinaron á Enrique III!

Porque Ravailac será un Jesuita como era Jesuita Jacobo Clemente, y todos los asesinatos de los reyes desde Bruto hasta Damians, todos Jesuitas. Y todo esto se repite con tono soporífero en el aire falso de una pésima canción de Beranger.

En tiempo del bueno de Dulaure no se era todavía más que liberal é ilustrado; pero desconocíase la poesía lírica del cieno. Cada cual á guisa de liberal bien educado, tomaba su parte de Jesuita, y concluido que habian

de devorar al Padre Guignard, exclamaban con la maligna sonrisa de Voltaire: «Si Enrique IV no acaricia á los Jesuitas, estaban alistados diez mil para asesinarlo por turno. ¡Esto es muy sabido!»

¡Ah! cierto y ¡viva la luz! Creed que en manos de gentes *ilustradas* por este estilo, están bien los almanaques del bonachon de Dulaure!

Lleva razon Dulaure: no satisfecho el Parlamento con haber derramado la sangre de un Sacerdote inocente, expulsó á los Jesuitas de París, «no sin asombro de muchos y las censuras de algunos (1)» y aquellos íntegros magistrados se apropiaron legalmente los despojos de los que desterraban. La biblioteca de los Jesuitas, numerosa y escogida, se entregó al saqueo. Declarados los libros como buena presa á petición de las personas allegadas al rey, ellos fueron los primeros en despacharse conforme á sus deseos (2).

(1) Chiverny, *Memoires d'Etat*, p. 241.

(2) L'Etoile.

quieran utilizar sus servicios. Pero si lo que os disgusta es el nombre de Jesuita, ¿por qué no condenais á aquellos que se llaman Trinitarios?... Por lo que á mí toca, más querría ser llamado Jesuita que Dominico ó Agustino.

Si es cierto que hasta ahora no habian existido en nuestro reino más que por tolerancia, Dios me reservaba la gloria de establecerlos; y lo tengo á gran dicha, de modo, que si solo estaban provisionalmente, en adelante estarán por virtud de edicto y decreto; de la bondad de mis predecesores fué retenerlos aquí: mi voluntad es restablecerlos definitivamente. La Universidad se ha puesto de punta con ellos, lo cual, ó ha sido porque los Jesuitas enseñaban mejor, como lo atestigua la afluencia de estudiantes en sus colegios, ó porque no estaban incorporados á la Universidad.... Decís que los más doctos en vuestros Parlamentos nada han aprendido de ellos; si los más doctos son los más viejos, es indudable, porque estudiaron antes que los Jesuitas fuesen conocidos en Francia; pero me consta que los otros Parlamentos no dicen lo mismo, ni áun todo el vuestro, y si fuera exacto que

no enseñaban mejor que los demás, ¿de qué proviene que haya quedado desierta vuestra Universidad por ir á oírlos, y que no obstante todos vuestros decretos se los vaya á buscar á Douay, á Pont (á Mousson), y fuera de Francia? (1) El suponerlos amigos de los facciosos porque fueron de la Liga, ha sido la calumnia de moda. Ellos creían obrar bien y se engañaban, como muchos otros (2); pero dóime á pensar que con menos malicia que esos otros, é imagino que su misma rectitud, unida á las mercedes que les haré, los hará afectados á mí tanto y más que á la Liga. Es, me decís, que procuran atraer los jóvenes aprovechados, y de entre ellos escojer á los mejores; cabalmente esto es digno de aplauso, ¿no escojemos nosotros los mejores soldados para la guerra? ¿Y si el favor no hallara cabida entre vosotros, recibiríais por ventura á nadie que fuese indigno de vuestra compañía y de sentarse en vuestro Parlamento? Si os diesen

(1) Lo propio sucedió al comienzo de este siglo. Cuando los echan se les sigue.

(2) No se puede exigir de Enrique IV hasta una aprobacion de la Liga.

maestros ó predicadores ignorantes, los despreciaríais; ¡os los dan buenos y se lo reprochais! En cuanto á los bienes que segun vosotros poseen, es una calumnia; en toda Francia no tienen más que doce ó quince mil escudos de renta..... El voto que hacen al Papa no se extiende á todas las cosas. Le hacen de obedecer á los Papas cuando quieran enviarlos á la conversion de los infieles, y es un hecho que por ellos ha convertido Dios á los indios. Decís que se introducen como pueden: lo mismo hacen todos, y yo mismo entré como pude en mi reino; pero es preciso reconocer que su paciencia es grande, y por lo que á mí toca la admiro, pues con paciencia y buena vida llevan á feliz remate todas las cosas. Y no los aprecio menos porque como decís son grandes observadores de su instituto: esto es lo que los conservará..... En lo relativo á la opinion que tienen del Papa, sé que le respetan mucho; lo mismo hago yo. En cuanto á la doctrina de emancipar á los eclesiásticos de mi autoridad y enseñar el regicidio, menester seria ver de una parte lo que ellos dicen, é informarse si la enseñan á la juventud. Una cosa me hace creer que no hay

nada, y es que en los treinta años que educan á la juventud en Francia, cien mil alumnos de todas condiciones han salido de sus colegios, han vivido entre ellos y como ellos, que se encuentre uno solo de tan copioso número, el cual sostenga haber oido semejante lenguaje, ni otro parecido, al que se les imputa.

El suceso Barriere fué preciso, como observais, que lo denunciase un Jesuita; un Jesuita me advirtió de su intento, y otro le dijo que seria condenado si osaba ponerlo por obra. El tormento no pudo arrancar á Chastel ninguna acusacion contra Varade ó algun otro Jesuita; sino, ¿por qué los perdonásteis? El que murió ejecutado, fuélo por otro motivo que *se dice* hallado entre sus papeles. Y cuando así no fuera, y un Jesuita hubiese dirigido el golpe, ¿seria justo que todos los Apóstoles padeciesen por Judas ó que respondiese yo de todos los hurtos y de todas las faltas que en lo porvenir cometiesen mis soldados? Si un español Jesuita y Cardenal (el Padre Toledo) me ayudó á obtener la bendicion del Pontífice cuando me hice católico, ¿por qué pretendéis confundir á los franceses mis

súbditos naturales? Respecto de los Jesuitas, no admitiré más juicio que el que yo forme, y dispondré acerca de ellos lo que me parezca; dejad á mi cuidado el manejo y la conducta de esta Compañía; ya he manejado y gobernado negocios mucho más difíciles y de peor arreglo: obedeced solamente mi voluntad.»

Hemos reproducido en toda su extension estas palabras de un rey asesinado á cada instante por los Jesuitas, no tanto para defender á los Jesuitas, absueltos hace tiempo, como para rendir nuestro homenaje de hombre de letras al augusto escritor que más de medio siglo antes que Bossuet, Pascal y Labruyere hablaba ya un francés tan castizo, tan enérgico y tan puro.

Jamás se arrancó con igual decision la máscara infame de la calumnia. La carta es digna de su grande estilo y de su gran corazón.

Fué necesario obedecer, y el edicto de Rouen, á pesar de una mala voluntad evidente, se registró por el Parlamento el 4 de Enero de 1604.

No bastó esto á Enrique IV. De mil otras maneras atestiguó su estima, su reconocimiento y su afecto á los miembros de la

Compañía de Jesús, en términos, que se hace sobremanera dificultoso creer que fuese el miedo lo que le movía á establecerles «en su propia casa de la Fleche, «á poner toda su confianza en el famoso y sábio Padre Coton, y en fin, lo que traspasaría un poco los límites de lo verosímil, «en achaque de miedo hasta á legarles su corazón como última prenda de aquella ternura que le hizo exclamar: «¡Os he amado desde que os conocí!»

Siguiendo Luis XIII las tradiciones de su padre, tomó la Compañía «bajo su proteccion y salvaguardia, como plugo hacer al difunto rey (1),» confirmó el derecho de enseñar concedido á los Jesuitas por Enrique IV, y los recomendó á los príncipes protestantes de Alemania, «como hombres de acendrada piedad y gran prudencia.» En 1627, asistió acompañado de Richelieu á colocar la primera piedra de la iglesia del barrio de San Antonio (2);

(1) Estados generales de 1614. *Voto presentado al rey por las dos primeras órdenes de su reino.*

(2) Fundada segun la promesa de San Ignacio en el sitio mismo donde se cometió el primer sacrilego atentado de los protestantes contra las imágenes de la Virgen santísima.

en fin, la proteccion real y el favor público los defendieron tan bien contra las envidias y mezquinos ódios de sus competidores, que en este mismo año el número de sus discípulos se elevaba á la cifra de trece mil ciento noventa y cinco solo en la provincia de París.—¿Qué pensar de aquellos *tiempos de nieblas* en que de tal modo se sentia la necesidad de estudiar?

¿Y qué pensar de esos *ignorantes*, de esos *oscurantistas* al frente de todos los ramos del saber y confundiendo á los corifeos en la Reforma con toda clase de armas religiosas, morales y filosóficas? ¿Dónde están esas antorchas tan brillantes, que puedan avergonzar la luz que irradian los Berlamino y los Toledo? ¿Hay en aquella época un orador que arrebate como Causino? ¿Un teólogo más seguro que Molina, tan horriblemente desfigurado? Molina colocaba la libertad del hombre bajo el poder de Dios. Contra su generosa doctrina debian sublevarse á la vez los que pretendian dar lecciones á Dios, y esos falsos rigoristas que se complacen en hacer más pesada la cadena de Dios, para hacerla insoporable. Judas hace de varias ma-

neras traicion á su maestro. ¿Y cabe citar una doctrina más grandiosa que la de Suarez, de quien dijo Bossuet «que se resume en él toda la Escuela?» No es mi ánimo referir aquí los servicios hechos á la inteligencia por el instituto de los Jesuitas; esto exigiria más lugar; pero no puede pasarse en silencio el gigantesco trabajo de Juan Bolland, que vale por tres benedictinos, los *Acta sanctorum*, tan populares en la ciencia bajo el nombre de *los Bollandistas*, y á los que llamaba Leibnitz: una Enciclopedia cristiana; Labbè y Sirmond florecian entonces, y Petavio era el oráculo de la Europa sábia. Aquaviva gobernaba la Orden. D'Alambert hizo más tarde tal panegirico de este General, que puede sospecharse si quiso colocarlo por encima del mismo San Ignacio. La Compañía tenia quinientas cincuenta casas, estaba dividida en treinta y tres provincias, y contaba más de doce mil religiosos.

Merced á las investigacionee del Padre Eckel, hacíase dar un paso enorme á la numismática; ellos componian la gramática y el diccionario en cerca de cien lenguas ó dialectos, entre los cuales basta enumerar el vasco, el breton, el húngaro, el turco, el japo-

nés, el persa, el chino y la mayor parte de los que hablan los salvajes. El Padre Lanzi descubrió la lengua etrusca; otros dos Jesuitas, Juan Pons y Ernesto Hanxleden, revelaban al mundo sábio los misterios del sanscrito y del tilenga. El Padre Bouvet traía á Francia los 49 volúmenes chinos, origen de la colección existente en la Biblioteca nacional. En fin, Kircher, el universal, precedía de muy lejos á nuestro Champollion en el estudio de los geroglíficos de Egipto.

Los Jesuitas astrónomos, matemáticos, geómetras, mineralogistas, naturalistas, geógrafos, inventores; son innumerables. Pueden consultarse sobre este punto: la *Historia de las Matemáticas*, de Montuela; la *Bibliografía astronómica*, de Lalande; la *Historia de la Compañía de Jesús*, por Cretineau Joly. A título de curiosidad citaré solamente entre los inventores víctimas del *Sic vos non vobis*, al Padre Francisco Lana-Terzi, nacido en 1631, que descubrió la aereostática, y á otro Jesuita portugués, misionero en el Brasil, Bartolomé de Guzman, que un siglo más tarde fué el primero en hacer pública experiencia de los globos, mucho antes que Montgolfier. El mismo

Lana inventó el sementero de que Tall, en 1733, se supuso creador.

Desde la camelia, flor mundana, hasta la quina, droga famosa, nos han venido por los Jesuitas, así como la gloria de nuestros jardines, el hermoso castaño de Indias.

Estas cosas pequeñas no les hacían descuidar las grandes. Cuando el absolutismo real en Francia, y sobre todo en Inglaterra, pretendió convertirse en dogma, los Jesuitas, con Belarmino y Suarez á la cabeza, defendieron el derecho de los pueblos, mostrando una vez más que la gran ley de obediencia establecida por San Ignacio no excluía por ningún concepto la idea de libertad. Estad seguros de que Pascal, á quien llegamos, no atacará jamás á hombres por ese estilo, no se atreverá á tocar ni á Suarez, ni á Canisio, ni á Possevino, ni á Petavio, ni á Toledo, ni á Belarmino, y hasta puede decirse que á *nadie*, pues el juguete sempiterno, el maniquí de Jesuita imbécil y malvado que imaginan para traquetearlo á su gusto, es *nadie*.

Quando se hace el proceso de los Jesuitas del siglo XVII, si las fechas os hacen caer en el lazo de olvidar el nombre de Bourdaloue,